Christopher Clark

Primavera revolucionaria

La lucha por un mundo nuevo 1848-1949

Por el autor de *Sonámbulos*

Galaxia Gutenberg

Christopher Clark

Primavera revolucionaria

La lucha por un mundo nuevo, 1848-1849

Traducción de
Eva Rodríguez Halffter

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Revolutionary Spring. Fighting for a New World, 1848-1849*
Traducción del inglés: Eva Rodríguez Halffter

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S. L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2024

© Christopher Clark, 2023
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Eva Rodríguez Halffter, 2024
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2024

Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 62-2024
ISBN: 978-84-19738-73-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Kristina

Mehiläinen maasta nousi,
simasiipi mättähältä;
jopa lenti löyhytteli,
pienin siivin siuotteli.
Lenti kuun keheä myöten,
päivän päärmettä samosi

Índice

Mapas 11

Introducción 19

1. Cuestiones sociales 33
2. Conjeturas de orden 117
3. Enfrentamientos 199
4. Detonaciones 299
5. Cambio de régimen 383
6. Emancipaciones 451
7. Entropía 515
8. Contrarrevoluciones 619
9. Después de 1848 739

Conclusión 801
Agradecimientos 813
Notas 817
Créditos de las ilustraciones 931
Índice onomástico y temático 935

Introducción

Debido a su combinación de intensidad y extensión geográfica, las revoluciones de 1848 fueron únicas; al menos por lo que respecta a la historia de Europa. Ni la gran Revolución francesa de 1789, ni la Revolución de Julio de 1830, ni la Comuna de París de 1870, ni las revoluciones rusas de 1905 y 1917 produjeron una sacudida transcontinental comparable. El año 1989 parece un comparador más apto, pero sigue habiendo controversia acerca de si estas revueltas pueden clasificarse como «revoluciones». En 1848, por el contrario, estallaron disturbios políticos paralelos por todo el continente, desde Suiza hasta Portugal, Valaquia y Moldavia, desde Noruega, Dinamarca y Suecia hasta Palermo y las Islas Jónicas. Aquella fue la única revolución auténticamente europea que ha habido jamás.

Y en ciertos aspectos fue también una convulsión global, o al menos una convulsión europea de dimensiones globales. Las noticias sobre la revolución en París tuvieron un profundo impacto en el Caribe francés, y las medidas adoptadas por Londres para impedir que estallara una revolución en Gran Bretaña desataron protestas y levantamientos en todo el país. En las jóvenes naciones latinoamericanas las revoluciones europeas galvanizaron asimismo a las élites liberales y radicales. Incluso en la lejana Australia, la Revolución de Febrero desencadenó una agitación política, aunque no fue hasta el 19 de junio de 1848 cuando las noticias de los acontecimientos de febrero llegaron a la ciudad de Sídney en la colonia de Nuevo Gales del Sur, un recordatorio de lo que, en una ocasión, el historiador australiano Geoffrey Blainey describió con pesar como «la tiranía de la distancia».

En estas revoluciones actuó un enorme elenco de actores con carisma y talento, desde Giuseppe Garibaldi hasta Marie d'Agoult, autora (bajo seudónimo masculino) de la mejor historia contemporánea de las revoluciones en Francia, desde el socialista francés Louis Blanc hasta el líder del movimiento nacional húngaro Lajos Kossuth, desde el bri-

llante teórico social liberal-conservador, historiador y político Alexis-Charles-Henri Clérel de Tocqueville, hasta el soldado, periodista y radical agrario valaco Nicolae Bălcescu. Desde el joven patriota y poeta Sándor Petőfi, cuyo recitado de una nueva canción nacional para los húngaros electrizó a las multitudes revolucionarias en Budapest, hasta el atribulado sacerdote Félicité de Lamennais, cuya lucha, finalmente perdida, para conciliar su fe y su política le convirtió en uno de los pensadores más famosos de la época anterior a 1848; desde la escritora George Sand, que redactaba «boletines revolucionarios» para el gobierno provisional de París, hasta el popular tribuno romano Angelo Brunetti, cariñosamente conocido como Ciceruacchio, es decir, «Gordito», un auténtico hombre del pueblo cuya actuación fue muy importante en el desarrollo de la revolución romana de 1848-1849. Por no hablar de las incontables mujeres que vendían periódicos en las calles de las ciudades europeas o lucharon en las barricadas (son muy prominentes en las descripciones visuales de estas revoluciones). Para la Europa políticamente sensible, 1848 fue un año de una experiencia compartida totalizadora, y que convirtió a todos en contemporáneos, marcándolos con recuerdos que perduraron tanto como sus vidas.

Estas revoluciones se vivieron como convulsiones *europeas* –de esto hay evidencias abrumadoras–, pero se nacionalizaron retrospectivamente.[1] Los historiadores y los gestores de memoria de las naciones europeas las incorporaron a relatos nacionales específicos. El supuesto fracaso de las revoluciones alemanas quedó absorbido en la narración nacional conocida como *Sonderweg*, «senda particular», lo que contribuyó a potenciar una tesis sobre la aberrante vía alemana hacia la modernidad, una vía que culminó en el desastre de la dictadura de Hitler. Algo similar ocurrió en Italia, donde se consideró que el fracaso de la revolución de 1848 había preprogramado la deriva autoritaria hacia el nuevo Reino de Italia y, por ello, había allanado el camino para la Marcha sobre Roma de 1922 y la posterior toma de poder por parte de los fascistas. En Francia se consideró que el fracaso de 1848 había abierto la puerta al interludio bonapartista del Segundo Imperio, que a su vez anunció el futuro triunfo del gaullismo. En otras palabras, insistir en el supuesto fracaso de 1848 tuvo también como consecuencia que todos estos relatos se canalizaran en una pluralidad de narraciones paralelas centradas en los diversos Estados nación. Nada demuestra mejor que estos levantamientos interconectados, y su fragmentación en la memoria moderna, el inmenso poder del Estado

nación como medio para enmarcar los hechos históricos; aún hoy seguimos sintiendo ese poder.

Hubo tres fases en los acontecimientos de 1848. En febrero y marzo, las agitaciones se extendieron por todo el continente como un fuego abrasador, saltando de ciudad en ciudad y encendiendo hogueras localizadas en los pueblos y aldeas intermedios. El canciller austriaco Metternich huyó de Viena, el ejército prusiano fue retirado de Berlín, los reyes de Cerdeña-Piamonte, Dinamarca y Nápoles presentaron constituciones: todo parecía fácil. Este fue un momento parecido al de la plaza Tahrir: es comprensible que se pudiera pensar que el movimiento abarcaba la totalidad de la sociedad; la euforia de unanimidad era embriagadora; «tuve que salir en medio del frío invernal a caminar y caminar hasta agotarme –escribió un radical alemán–, simplemente para calmar mi sangre y sosegar los latidos de mi corazón, que estaba en un estado de agitación confusa y parecía estar a punto de abrirme un agujero en el pecho».[2] En Milán, auténticos desconocidos se abrazaban por las calles. Así fueron los días de la primavera de 1848.

Sin embargo, las divisiones en el seno de esta agitación (ya latentes en las primeras horas del conflicto) pronto se hicieron claramente manifiestas: llegado mayo, los manifestantes radicales intentaron asaltar y derrocar la Asamblea Nacional constituida por la Revolución de Febrero en París, mientras en Viena, los demócratas austriacos protestaban por la lentitud de las reformas liberales y creaban un Comité de Seguridad Pública. En junio se produjeron violentos enfrentamientos entre dirigentes liberales (en Francia, los republicanos) y las masas radicales en las calles de las grandes ciudades. En París, todo esto culminó en la brutalidad y la sangría de las Jornadas de Junio, que causaron la muerte de al menos 3.000 insurgentes. Aquel fue el largo y cálido verano de 1848, alegremente diagnosticado por Marx como el momento en que la revolución perdió la inocencia, y la dulce (pero engañosa) unanimidad de la primavera dejó paso a una enconada lucha entre clases.

El otoño de 1848 ofreció un panorama más complejo. En septiembre, octubre y noviembre se desarrolló una contrarrevolución en Berlín, Praga, Viena y Valaquia. Los Parlamentos se cerraron, los insurgentes fueron arrestados y condenados, y los soldados volvieron en masa a las calles de las ciudades. Pero, al mismo tiempo, estalló una revuelta radical, en una segunda fase, dominada por demócratas y social-republicanos de diversos tipos en los estados centrales y meridionales

de Alemania (sobre todo en Sajonia, Baden y Wurtemberg), en el oeste y el sur de Francia, y en Roma, donde los radicales, tras la huida del papa el 24 de noviembre, acabaron declarando la República Romana. En el sur de Alemania, las revueltas de la segunda fase no se extinguieron hasta el verano de 1849, cuando las tropas prusianas tomaron finalmente la fortaleza de Rastatt en Baden, último bastión de la insurgencia radical. Poco después, en agosto de 1849, tropas francesas aplastaron la República Romana y restauraron el papado, para disgusto de aquellos que en su día habían reverenciado a Francia como patrona de las revoluciones de todo el continente. Aproximadamente por entonces llegó a su fin la enconada guerra en torno al futuro del Reino de Hungría, cuando tropas austriacas y rusas ocuparon el país. Hacia finales del verano de 1849, la mayoría de las revoluciones habían terminado.

Aquellos días funestos y a menudo de gran violencia, días de ajustes de cuentas, significan, entre otras cosas, que al relato de estas convulsiones le falta una conclusión redentora. Fue precisamente el estigma del fracaso lo que me alejó de las revoluciones de 1848 cuando las estudié por primera vez en la escuela. Complejidad y fracaso es una mezcla poco atractiva.

¿Por qué entonces hacer hoy el esfuerzo de reflexionar sobre 1848? En primer lugar, las revoluciones de 1848 *no* fueron realmente un fracaso: en muchos países produjeron cambios constitucionales rápidos y perdurables, y la Europa posterior a 1848 era, o llegó a ser, un lugar muy diferente. Es más interesante pensar en este levantamiento continental como la cámara de colisión de partículas en medio del siglo XIX europeo. Gentes, grupos e ideas afluyeron a su interior, chocaron, se fusionaron o fragmentaron, y resurgieron como una lluvia de nuevas entidades cuyo rastro puede seguirse a lo largo de las décadas posteriores. Los movimientos e ideas políticos, desde el socialismo y el radicalismo democrático hasta el liberalismo, el nacionalismo, el corporativismo y el conservadurismo, se pusieron a prueba en aquella cámara; todos ellos cambiaron, con profundas consecuencias para la historia moderna de Europa. Las revoluciones produjeron también –pese a la persistencia del «fracaso» como forma de pensarlas— una profunda transformación en las prácticas políticas y administrativas de todo el continente, una «revolución gubernativa» europea.

En segundo lugar, las preguntas que se hicieron los insurgentes en 1848 no han perdido su poder. Evidentemente hay excepciones: ya no

nos rompemos la cabeza por la cuestión del poder temporal del papado o la «cuestión de Schleswig-Holstein». Pero seguimos preocupados por lo que ocurre cuando las demandas de libertad política o económica entran en conflicto con las demandas de derechos sociales. La libertad de prensa era muy deseable, como no se cansaron de decir los radicales de 1848, pero ¿qué sentido tenía un periódico de grandes ideales si tenías demasiado hambre para leerlo? Este problema fue captado por los radicales alemanes en la burlona yuxtaposición de «libertad para leer» (*Pressefreiheit*) y «libertad para comer» (*Fressefreiheit*).

El espectro de la «pauperización» había sobrevolado Europa durante la década de 1840. ¿Cómo era posible que incluso las personas con un trabajo a tiempo completo a duras penas pudieran comer? Sectores manufactureros –siendo los tejedores el ejemplo más destacado– parecían estar inmersos en esta penuria. Pero ¿qué significaba esta oleada de empobrecimiento? ¿Era el profundo abismo entre ricos y pobres simplemente un mandato de orden divino en la condición humana, como alegaban los conservadores? ¿Era síntoma de atraso y exceso de regulación como afirmaban los liberales?, o ¿era algo generado por el sistema político y económico en su vigente encarnación, como insistían los radicales? Los conservadores apuntaban hacia la caridad para mejorar la situación, y los liberales hacia la desregulación económica y el crecimiento industrial, pero los radicales eran menos optimistas: a su juicio, todo el orden económico se fundamentaba sobre la explotación de los débiles a manos de los fuertes. Estas cuestiones no han desaparecido. El problema de la «pobreza obrera» es actualmente uno de los asuntos candentes en política social. Y la relación entre capitalismo y desigualdad social sigue siendo objeto de escrutinio.

De especial complejidad era la cuestión laboral. ¿Qué pasaría si el trabajo mismo llegara a ser un bien escaso? La recesión en el ciclo financiero del invierno y de la primavera de 1847-1848 había expulsado a muchos hombres y mujeres de sus puestos de trabajo. ¿Tenían los ciudadanos derecho a exigir que, si fuera necesario, se les adjudicara un trabajo, como algo esencial para una vida digna? Fue el esfuerzo para responder a esta cuestión lo que produjo los controvertidos Talleres Nacionales de París y sus muchas variantes en otros lugares de Europa. Pero no podía resultar fácil convencer a los esforzados agricultores de la Limousin de que pagaran mayores impuestos para financiar planes de creación de empleo para personas a las que consideraban simples vagos parisinos. Por otra parte, fue el súbito cierre de aquellos talleres

lo que dejó en las calles de la capital a 100.000 trabajadores, lo que desencadenó la violencia de las Jornadas de Junio de 1848 en París.

Peter Hasenclever, el artista de Düsseldorf captó este asunto en su cuadro *Trabajadores ante el Ayuntamiento*. Pintado en 1849 y expuesto en múltiples lugares en distintas versiones, la obra muestra una delegación de obreros cuyo plan de creación de empleo –que suponía la excavación de varios afluentes del Rin– acababa de cerrar en el otoño de 1848 por falta de fondos. Los trabajadores presentan una petición de protesta a los representantes de la ciudad de Düsseldorf en un opulento salón municipal; a través de un ventanal puede verse cómo un orador en la plaza se dirige a una multitud enfurecida. A Karl Marx le encantaba este cuadro por la clara descripción de lo que él consideraba un conflicto de clases. Al final de un largo artículo para el *New York Tribune*, Marx elogiaba al artista por expresar con «vitalidad dramática», y en una sola imagen, una situación que a un escritor progresista sólo podía analizar en muchas páginas impresas.[3] Las cuestiones en torno a los derechos sociales, la pobreza y el derecho al trabajo desgarraron las revoluciones durante el verano de 1848. No puede decirse que hayan perdido ni un ápice de su perentoriedad.

En cuanto revolución no lineal, convulsiva, intermitentemente violenta, transformadora e «inconclusa», 1848 sigue siendo un asunto de interés para los lectores actuales. En 2010-2011, numerosos periodistas e historiadores advirtieron el peculiar parecido entre la irregular secuencia de revueltas, que en ocasiones se ha llamado la Primavera Árabe, y las revoluciones de 1848, conocidas también como la Primavera de los Pueblos. Como los disturbios en los países árabes, fueron diversas, geográficamente dispersas y, sin embargo, estaban conectadas. El rasgo más llamativo de las revoluciones de 1848 fue su simultaneidad, eso fue un enigma para los contemporáneos y sigue siéndolo para los historiadores desde entonces. Asimismo, fue una de las características más incomprensibles de los sucesos árabes de 2010-2011, que tenían profundas raíces locales, pero estaban también claramente interconectados. En muchos sentidos, los hechos de la plaza Tahrir de El Cairo no eran como los de la plaza de San Marcos de Venecia; el *Vossische Zeitung* no era Facebook, pero son lo bastante similares para generar perspectivas capaces de conectarlos. El punto importante es de orden general: en sus actos multitudinarios, en la imprevisible interconexión de gran cantidad de fuerzas, los tumultos del siglo XIX

Johann Peter Hasenclever, *Trabajadores ante el Ayuntamiento* (1849). Los trabajadores que han sido despedidos tras el cierre de un programa de obras públicas en el Rin presentan una petición al Ayuntamiento de su ciudad para que se reanuden las obras en el otoño de 1848. Los concejales reaccionan con consternación. Por el ventanal puede verse a un demagogo que habla a la multitud soliviantada. El cuadro refleja un hecho ocurrido en Düsseldorf, pero la arquitectura del fondo no es específica de ninguna ciudad y, por ello, alude a una situación urbana más general.

se asemejan a las caóticas agitaciones de nuestros días, en las que resulta difícil encontrar una finalidad claramente definida.

La revolución de 1848 fue una revolución de asambleas: la Asamblea Constituyente de París, que abrió el camino a la legislatura unicameral conocida como *Asamblée Nationale*; la Asamblea Constituyente prusiana, esto es, la *Nationalversammlung* de Berlín, elegida mediante nuevas leyes creadas para tal propósito; el Parlamento de Fráncfort, convocado en la elegante cámara circular de la iglesia de San Pablo en la ciudad. La Dieta húngara era una entidad muy antigua, pero en el transcurso de las revoluciones húngaras de 1848 se reunió una nueva Dieta nacional en la ciudad de Pest. Los insurgentes revolucionarios de Nápoles, Piamonte-Cerdeña, la Toscana y los Estados Pontificios crearon nuevos organismos parlamentarios. Los revolucionarios

de Sicilia, en su afán de separarse del gobierno de Nápoles, fundaron su propio Parlamento exclusivamente siciliano, que en abril de 1848 depuso al rey Borbón de Nápoles, Fernando II.

Pero estas asambleas no eran más que uno de los teatros de acción. Cuando llegó el verano de 1848, se encontraban bajo presión no sólo por los gobiernos monárquicos de muchos Estados, sino también por toda una serie de competidores de carácter más radical: redes de clubes y «comités», por ejemplo, o contraasambleas radicales como el Congreso General de Artesanía y Manufacturas creado en Fráncfort en julio de 1848 para representar a los trabajadores de oficios especializados cuyos intereses no estaban representados por la Asamblea Nacional, liberal y dominada por las clases medias. Incluso este último organismo se escindió a los cinco días en dos congresos distintos, porque se reveló imposible solventar las diferencias entre maestros y jornaleros.

Los liberales reverenciaban los Parlamentos y miraban con puntillosa preocupación hacia los clubes y asambleas de los radicales, que se les antojaban parodias de la sublime cultura procedimental de las cámaras debidamente elegidas y constituidas. Aún más alarmante, desde la mirada de los «liberales camerales», era la perspectiva de manifestaciones organizadas con el fin de intervenir directamente en los asuntos parlamentarios. Eso fue exactamente lo que ocurrió en París el 15 de mayo de 1848, cuando una multitud irrumpió en la Cámara de la Asamblea Nacional, débilmente protegida, interrumpió en la sesión, leyó una petición en voz alta y después se dirigió al Hôtel de Ville para proclamar un «gobierno insurreccional» liderado por destacadas personalidades radicales. La tensión entre la representación parlamentaria y otras formas de representación –entre las formas de democracia representativa y democracia directa– es otra característica de 1848 que resuena en la escena política actual, en la que los Parlamentos se enfrentan a una caída del interés público, y han surgido una serie de grupos extraparlamentarios que se sirven de las redes sociales, y se organizan en torno a cuestiones que pueden no recibir atención por parte de los políticos profesionales.

1848 no fue solamente una historia de revolucionarios. Los historiadores de los siglos XX y XXI de carácter liberal naturalmente se han sentido atraídos hacia la causa de aquellos cuyas demandas –de libertad de asociación, de palabra y de prensa, de constituciones, elecciones regulares y Parlamentos– han pasado a formar parte del repertorio de la democracia liberal moderna. Pero, si bien yo comparto afinidades

con los liberales y radicales de periódico y café, tengo la impresión de que una explicación que considere los acontecimientos sólo desde el punto de vista insurgente o liberal pasará por alto una parte esencial del dramatismo y el significado de estas revoluciones. Estas fueron un encuentro complejo entre viejos y nuevos poderes, en el que los viejos contribuyeron tanto como los nuevos a configurar las consecuencias de las revoluciones a corto y largo plazo. Incluso esta precisión se queda corta, porque los «viejos poderes» que sobrevivieron a la revolución también fueron transformados por ella, aunque por lo general no de manera que la mayoría de los historiadores haya considerado interesante. El futuro ministro presidente prusiano y hombre de Estado alemán Otto von Bismarck fue aun un actor menor en 1848, pero la revolución le permitió unir su destino personal al futuro de su país. Durante toda su vida reconoció que 1848 había significado una ruptura entre una época y otra, un momento de transformación sin el cual su propia trayectoria habría sido impensable. El papado de Pío IX quedó profundamente alterado por las revoluciones, como también la Iglesia católica y su relación con el mundo moderno. En muchos sentidos, la Iglesia católica actual es fruto de ese momento. Napoleón III no se consideraba el destructor de la revolución, sino el restaurador del orden. Así, hablaba de la necesidad de canalizar, y no de bloquear, las fuerzas desatadas por la revolución, de crear un Estado como vanguardia del progreso material.

Fue esta una convulsión en que las líneas entre revolución y contrarrevolución fueron, y son, en ocasiones, difíciles de trazar. Muchos de los actores de 1848 murieron o padecieron exilio y encarcelamiento por sus convicciones, pero muchos otros cambiaron de posición e hicieron las paces con gobiernos posrevolucionarios que, a su vez, habían sido transformados o castigados por la conmoción revolucionaria. Así comenzó una larga marcha a través de las instituciones. Más de un tercio de los prefectos (autoridades policiales regionales) de la Francia bonapartista posterior a 1848 eran antiguos radicales; así como Alexander von Bach, quien fue ministro del Interior austriaco desde julio de 1849, y cuyo nombre figuró un día en las listas de sospechosos demócratas que mantenía el departamento de policía vienés. Los contrarrevolucionarios eran muchas veces –a sus propios ojos– los albaceas, y no los sepultureros, de la revolución. Entender esto último nos permite ver con mayor claridad hasta qué punto cambió la revolución a Europa.

En el recuerdo, las revoluciones adquirieron (al menos para muchos de los que participaron en ellas) un claroscuro emocional muy marcado: la luminosa euforia de los primeros días, y después la decepción, la amargura y la melancolía que sentían cuando la «red férrea de la contrarrevolución» (como expresó la berlinesa Fanny Lewald) cayó sobre las ciudades insurgentes. Euforia y decepción eran parte de esta historia, pero también lo era el miedo. Los soldados temían a los ciudadanos enfurecidos tanto como estos los temían a ellos. El pánico repentino de las multitudes enfrentadas a las tropas producía estampidas imprevisibles que podían verse en todas las ciudades insurgentes. «Desde el 25 de febrero [de 1848] –escribía Émile Thomas, arquitecto de los Talleres Nacionales de París y posteriormente entusiasta bonapartista–, hemos estado gobernados bajo la influencia del miedo, ese malvado consejero que paraliza todas las buenas intenciones».[4]

Los líderes liberales temían no poder controlar la situación social que se había desatado con la revolución. Las personas de condición social más humilde temían que se estuviera fraguando una conspiración para acabar con la revolución, revertir sus logros y hundirlos para siempre en la pobreza y el desamparo. Las clases medias urbanas se estremecían cuando la gente grosera de los suburbios entraba en masa por las puertas de la ciudad, desprovistas ya de sus puestos militares. Temían por sus propiedades, y algunas veces por su vida. En Palermo, surgió bajo la revuelta una contracorriente social tempestuosa, diversa y potencialmente ingobernable. Los primeros líderes de la revolución palermitana eran dignatarios flemáticos y predecibles. Pero como señaló Ferdinando Malvica, autor de una inédita e importante crónica contemporánea de la revolución palermitana, las calles pronto se llenaron también de *maestranze* (corporaciones de artesanos) armados y, lo que era aún más preocupante, de cuadrillas venidas del campo circundante. «Estas –decía Malvica– estaban formadas por hombres feroces, prácticamente carentes de sentimientos humanos, tan sanguinarios como groseros, gente desangelada por las que se vio rodeada la hermosa capital cívica de Sicilia, tribus infernales formadas por criaturas que nada tenían de humano, salvo sus rostros quemados por el sol».[5] Sin la fuerza impulsora y la supuesta amenaza ejercida por esta clase de gente, los levantamientos de 1848 no habrían triunfado; y, sin embargo, un temor generalizado a las clases bajas también paralizó la revolución en etapas posteriores, lo que permitió enfrentar diferentes intereses, atraer a los liberales a los brazos

de las autoridades establecidas y aislar a los radicales como enemigos del orden social. Por otra parte, la disminución del miedo podía desencadenar oleadas de emociones eufóricas, como ocurrió en varias ciudades europeas durante los días de primavera, cuando los ciudadanos perdieron o superaron su miedo a las fuerzas de seguridad y a la policía secreta.

Determinadas manifestaciones de euforia consiguieron articularse como muestras de sensibilidad revolucionaria, y algunas de ellas transmiten el carácter distintivo de 1848 como un momento de revuelta de las clases medias. En la madrugada del 9 de noviembre de 1848, de camino a ser ejecutado por un pelotón de fusilamiento a las afueras de Viena, el diputado parlamentario radical Robert Blum –según algunos poemas y canciones que conmemoraban su muerte– derramó una lágrima. Cuando el oficial comentó: «No tema, durará un instante», Blum hizo caso omiso a su intento de consolarle e, irguiéndose en toda su altura (que no era mucha), respondió: «Esta lágrima no es la del diputado parlamentario de la nación alemana Robert Blum. Esta es la lágrima del padre y el marido».

La lágrima de Blum llegó a formar parte de la leyenda radical. La «Canción de Robert Blum», que se cantó por todos los estados alemanes del sur hasta bien entrado el siglo XX, hace referencia a este momento de dolor privado en medio del ritual público de una ejecución política: «La lágrima por la esposa y los hijos –entona con solemnidad–, no deshonra al hombre». Esta lágrima pervivió en la memoria porque identificaba a Blum como un hombre de afectos y valores de clase media, un hombre privado que había entrado en la vida pública. Aquello era política en clave burguesa (hasta hoy en día, *erschossen wie Robert Blum*, «tan fusilado como Robert Blum», es un dicho proverbial en algunos lugares del sur de Alemania).

Los contrarrevolucionarios también tenían emociones, por supuesto. Al finalizar un discurso extraordinario ante la Dieta Unida en Berlín, en el que Otto von Bismarck declaró con renuencia que aceptaba la revolución como un hecho histórico irreversible y el nuevo ministerio liberal como «el gobierno del futuro», bajó del estrado sollozando fuertemente. Estas lágrimas, a diferencia de las de Blum, eran enfáticamente públicas, tanto por su carácter de actuación como por su causa. El grito *Berliner Schweine!* («cerdos de Berlín») pronunciado por reclutas campesinos de regiones remotas de Brandemburgo mientras agredían con porras y barras de hierro a sospechosos de haber

combatido en las barricadas de la capital durante los días de marzo, algo nos dice (si bien no todo) sobre los sentimientos de los jóvenes del campo empleados en la contrainsurgencia urbana. La venganza y la rabia fueron importantes para la brutalidad de generales austriacos como Haynau, que parecía deleitarse con las condenas a muerte y las ejecuciones que expedía para los derrotados insurgentes húngaros.

Este libro se inicia con el precario mundo social de la Europa anterior a 1848, una época en que la gran mayoría de la población debía adaptarse a una serie de cambios inminentes. El nexo entre malestar social y revuelta política era profundo, pero no directo. Además, las protestas de índole económica y el escenario de una penuria social extrema generaron una polarización política que contribuyó a configurar las lealtades de quienes hicieron o heredaron las revoluciones de 1848. El universo político en el que estallaron dichas revoluciones (véase capítulo 2) no estaba estructurado por compromisos irrevocables y firmes, ni por sólidas identidades partidistas. Los europeos de aquella época emprendieron recorridos muy idiosincrásicos por un archipiélago de argumentos y cadenas de pensamiento, es decir, estaban en movimiento y siguieron estándolo durante y después de las revoluciones de mediados de siglo. Los conflictos políticos de las décadas de 1830 y 1840 (véase capítulo 3) se libraron a lo largo de muchas líneas de fractura. No hubo una división binaria, sino una plétora de fracturas que se abrían en todas direcciones. Esto siguió siendo una característica de las revoluciones, que a primera vista parecen increíblemente caóticas y opacas; en cierto modo se parecen a los conflictos que, hoy en día, atraen nuestra atención.

Los capítulos del 4 al 6 se centran en las propias revoluciones. ¿Fueron obra de los revolucionarios o fue a la inversa? Los disturbios comenzaron con escenas de notable dramatismo. El relato de sus inicios debe ayudarnos a entender tanto su enorme fuerza como las características estructurales y vulnerabilidades psicosociales que luego serían su perdición. El capítulo 5 reflexiona sobre los procesos paralelos que se desarrollaron en los principales escenarios de agitación: la transformación de las ciudades en circuitos palpitantes de emociones políticas, los solemnes enterramientos de los revolucionarios muertos, la creación de nuevos gobiernos, cámaras y constituciones, a menudo bajo circunstancias de extrema incertidumbre. Los revolucionarios de 1848 se vieron a sí mismos como portadores y promotores de «emancipación», pero ¿qué suponía esto para los que esperaban lograr la emancipación a través de ellos? Seguir las trayectorias de los africanos

esclavizados en el Imperio francés, de las mujeres políticamente activas, de los judíos y de los «esclavos gitanos» de los territorios rumanos es una forma de medir el alcance y las limitaciones de lo que se logró en 1848.

Los capítulos 7 y 8 analizan la curva descendente de las revoluciones y se centran, primero en el debilitamiento gradual de las energías revolucionarias, la difusión del esfuerzo y la secesión del empeño común que fue una característica del verano y el otoño de 1848. Después llega esa larga secuencia de acciones policiales cada vez más violentas que pusieron fin a las revoluciones. Entender esta parte del relato implica entender no sólo las debilidades que permitieron frenar el impulso de las revoluciones, sino también las raíces del triunfo contrarrevolucionario, que se alimentaban en parte de las ventajas latentes heredadas del pasado, y en parte de las lecciones aprendidas al observar cómo se desarrollaban las revoluciones. Entre muchas otras cosas, las fases finales muestran hasta qué punto eran superiores los contrarrevolucionarios a sus oponentes a la hora de cooperar a escala internacional. Al fin y al cabo, el curso de las revoluciones de 1848 se configuró tanto por las relaciones entre Estados como por los tumultos civiles dentro de ellos. El capítulo 9 se aleja en el espacio y el tiempo de los epicentros de la agitación. Por toda América del Norte y del Sur, por el sur de Asia y la costa del Pacífico, las ondas generadas por las revoluciones de mediados del siglo alcanzaron sociedades complejas, polarizaron o clarificaron los debates políticos y recordaron a todos la maleabilidad y fragilidad de toda estructura política. Pero cuanto más nos alejamos geográficamente de Europa, menos aplicable es la metáfora del «impacto»: la difusión de contenidos se vuelve menos importante que una interpretación selectiva a distancia, impulsada por procesos locales de diferenciación y conflicto políticos. En el continente europeo, por el contrario, el legado de 1848 fue profundo y duradero. Para entender esto con claridad debemos seguir a las personas, las ideas y los estilos intelectuales de mediados del siglo XIX hasta el interior de las revoluciones de 1848 y salir después hacia el exterior.

Los europeos, como todo ser humano, son habladores, y no ha habido jamás una revolución más locuaz que la de 1848: generó un volumen verdaderamente asombroso de testimonios personales. He procurado en todo momento escuchar estas voces dispares, y reflexionar sobre qué claves pueden darnos en cuanto al significado profundo de lo que estaba ocurriendo en torno a ellas. Pero la locuacidad no

siempre es comunicativa, y es importante también pensar sobre aquellas situaciones en que la gente de 1848 hablaba entre sí y no para sí. Los discursos podían ser emocionantes y vacíos al mismo tiempo. Liberales y radicales hablaban largamente a la población rural acerca de la virtud y la necesidad de la lucha revolucionaria, pero con escasos resultados. Los liberales encontraron el modo de malinterpretar o sencillamente no escuchar las demandas de los radicales. La información circulaba en medio de una bruma de rumores y noticias falsas, de modo muy parecido a como ocurre hoy en día, y el temor indujo a la gente a escuchar algunas voces e ideas y a cerrar los oídos a otras.

Uno de los hechos más sorprendentes de estas revoluciones es la intensidad de la conciencia histórica de muchos de sus actores clave. Esta era una de las diferencias importantes entre 1848 y su gran predecesora del siglo XVIII: 1789 fue una sorpresa absoluta, mientras que los contemporáneos de las revoluciones de mediados de siglo las juzgaron sobre el modelo del gran original francés. Y lo hicieron en un mundo en que el concepto de *historia* había adquirido un enorme peso semántico. Para ellos, mucho más que para los hombres y mujeres de 1789, la *historia* transcurría en el presente, sus movimientos eran detectables en cada giro y cada paso en el desarrollo de la revolución. Un número asombroso de contemporáneos escribieron memorias o tratados históricos repletos de notas a pie de página.

Para algunos, esta tendencia a la retrospección convirtió los hechos de 1848 en una patética parodia del gran original francés: el exponente más elocuente de esta tesis fue Marx. Pero para otros la relación fue a la inversa. No se trataba de que la energía épica de 1789 hubiera degenerado en caricatura, sino más bien de que la conciencia histórica que la primera revolución hizo posible se había acumulado, profundizado y propagado más ampliamente, y había saturado de significado los acontecimientos de 1848. Benjamín Vicuña Mackenna, el escritor, periodista, historiador y político chileno, captó esta última percepción cuando escribió en sus memorias:

> La Revolución francesa de 1848 tuvo un eco poderoso en Chile. La que la había precedido en 1789, tan celebrada por la historia, había sido para nosotros, pobres colonos del Pacífico, sólo un destello de luz en las tinieblas. Medio siglo después, sin embargo, su gemela tenía todas las señales de un resplandor brillante. La habíamos visto venir, la estudiábamos, la comprendíamos, la admirábamos.[6]